

Dashiell Hammett en Chapinero

El informe de Galves y otros thrillers

Roberto Rubiano Vargas

Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá,
1993, 160 págs.

Cuando veo la ahora muy recurrida palabra *thriller*, de inmediato pienso en algún bodrio de Michael Jackson. *Thriller*: "Cosa, persona o historia conmovedora, entusiasmadora, espeluznante, etc.", reza el patético diccionario. En la batalla de los géneros literarios, según esta hospitalaria definición, *thriller* es cualquier escrito que alcance una determinada intensidad dramática. Más que un género, pues, habría que hablar de una especie de sello de calidad.

El autor de estos "thrillers" nació en Bogotá en 1952 y reside hace más de diez años en Quito (Ecuador). Conocíamos ya su gusto por las buenas letras, gracias a un curioso y bien editado manual para escritores, *Alquimia de escritor* (1991). Del presente volumen sabemos que ha sido galardonado en el II Concurso Nacional para Libro de Cuentos Ciudad de Bogotá, en 1992. Pese a ello, a veces ocurre, es un buen libro.

¿Novela negra? Así como se habla, un poco arbitraria o metafóricamente, de mar rojo, fiebre amarilla, sangre azul, eminencias grises o viejos verdes, se habla de novela negra. Los procedimientos en estos relatos son los de la novela negra, la técnica también; eso no creo que tenga discusión. Son típicos los cambios súbitos de narrador, el poco original lenguaje coloquial (que explica expresiones como *quiubo*, *chévere*, "él es mi karma", *fetecuaron a la pinta*, "tuve una discusión tenaz", *primor*, *un bisnes...*), así como el hoy tan elogiado ahorro de medios, la concisión que desdeña el poético rasgo circunstancial, hoy considerado vetusto recurso decimonónico.

El hecho de adaptar a nuestro medio el Chicago de los años treinta, idea no del todo descabellada, nos lleva a un Hammett aún más brutal, curioso engendro en medio de una ciudad poética que casi nunca aparece en los libros: "Continuaba el verano de caricatura en

Bogotá y la gente sudaba dentro de sus autos con las ventanillas cerradas para evitar atracos". Los personajes, de rancia estirpe de clase media, se alimentan de pan, kumis y televisión; las interminables avenidas de mercurio tejen la telaraña nocturna de la ciudad. La diferencia esencial con Hammett está al final. Porque aquí no tiene ninguna importancia un muerto, "una muerte más en un país sembrado de muertos".

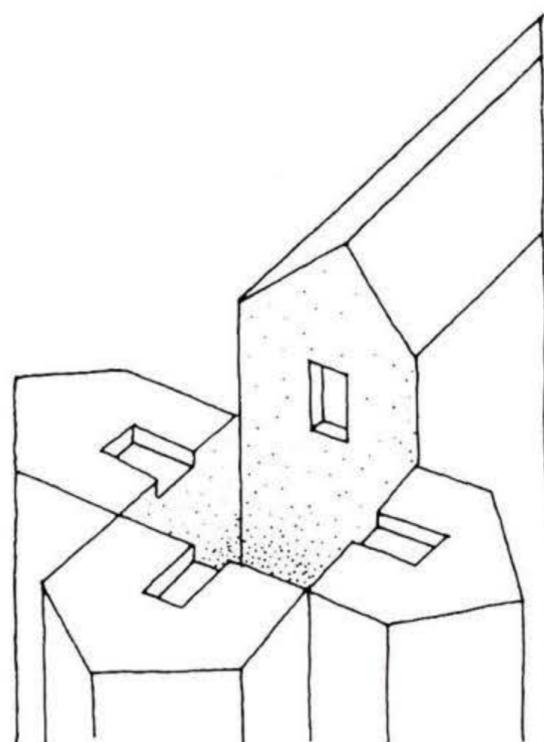
Es cierto que hay muy poco escrito sobre Chapinero y en general sobre nuestra clase media urbana. Está por ahí Luis Fayad, o algo de Perozzo, pero, desde luego, el hecho de no tener muchas referencias a la mano no significa que esté prohibido escribir sobre cualquier cosa. Antes al contrario. Uno escribe como le dé la gana, dice Bryce Echenique. Yo añadiría que uno escribe lo que le dé la gana, sólo limitado por las eternas leyes del principio de Peter, o sea por su propia incapacidad.

Es claro que el autor sabe escribir; y lo hace con la sabia medida del buen guionista. Nunca leí nada en estilo tan común y corriente, y lo digo como un elogio, porque la sencillez, bien lo sabemos, es lo menos sencillo del mundo. Es una literatura sin demasiadas pretensiones, pero muy eficaz. Yo diría incluso que podríamos hablar de cuento policial dentro de cuadros costumbristas, tanto que más de un episodio aquí narrado debe ser real. En todo caso lo de los géneros, desde Benedetto Croce, es lo de menos.

En cuanto a los temas, a estos relatos los recorre un tema recurrente, propio de la literatura fantástica, el del objeto preciado, único en el mundo, que desaparece para siempre dentro del cuento. El argumento del que da título al libro es muy simple. Juan Ramón Galves es autor de *El archivo maldito* (1956), que "tiene la virtud de ser la primera novela policiaca, en la mejor tradición del género negro, escrita en Colombia". Es la historia del libro del que queda un solo ejemplar, así como la de su confiscación, también ejemplar. Galves —me imagino que también el autor— es lector de Hammett y de Chandler, en sillones de peluquerías. Se trata de alguna manera de corregir la historia oficial, porque "la versión histórica siempre es la apoteo-

sis de los triunfadores, mientras la literatura es la opción de los derrotados".

La novela de Galves es medio paranoica; el cuento también, pero "el paranoico es sólo un buen observador de las malas costumbres ajenas", dice el filosófico Galves. Este *thriller* está seguido por unas "Páginas de la novela policiaca de Juan Ramón Galves, salvadas por Edgard Solano en copia Xerox", en las cuales se propone otra versión del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán...



La muñeca de ébano es otro cuento crudo y realista, muy sobrio y eficaz. Podemos imaginar a una especie de Humphrey Bogart chapineruno que va desgranando sus reflexiones: "Dicen que las mujeres son mejor a los treinta años que a los veinte, uno de esos pensamientos de consolación que el género humano se hace para soportar su indefectible tránsito hacia la vejez y la muerte". O bien: "Preferí seguir detrás suyo observando su cuello: ese lugar perfecto para dar un mordisco de vampiro. O un beso".

El autor utiliza el sistema de las "cajas chinas" que se imbrican unas en otras, como en *Las mil y una noches*. El relato que se titula *thriller* es un guión cinematográfico y el protagonista es un autor de guiones cinematográficos, a quien el cine ha ido convirtiendo

en un mutante extraviado entre la infancia y la vejez.

En la habitación de Virginia Woolf el personaje pasa las noches frente a una hoja de papel en blanco, imaginando historias con unicornios, nubes y flores, mientras de la calle llega el sonido de ráfagas de ametralladora, disparos secos y el aullido de las ambulancias, "y mientras guarda la hoja blanca y el lápiz sin usar, piensa que así debe ser la vida de los poetas en Beirut". De nuevo se trata de la obsesión por la posesión del libro único: ahora el libro famoso es una edición única del Quijote: "Yo tenía tres antiguos deseos a los que había renunciado casi al momento de formularlos: asistir a un concierto de los Rolling Stones, acostarme con Nastassia Kinski, y poseer un ejemplar de la primera edición de El Quijote. Ahora, uno de esos sueños imposibles se materializaba ante mí".

Los papeles de Juan de la Cuesta es un relato memorable desde su mismo comienzo: "Así como los ingenuos necesitan de los pícaros y los inteligentes buscan a los estúpidos...".

En *Al lado de Clint Eastwood* se narra la historia del joven bogotano que imagina que lleva siempre a su lado, como ángel guardián, a su héroe de la pantalla.



Lo que más me ha llamado la atención en estos agradables relatos es el asombroso manejo del diálogo. Pro-

pongo al lector dos breves ejemplos ilustrativos:

—¿Anda con ese tipo?

—Es el amigo de Patricia.

¿Algo malo?

—No. Sólo que es un completo imbécil.

—A usted todo el mundo le parece un imbécil —dijo ella—, dándole la espalda.

* * *

—Usted está muy rica —repitió él.

—Sabe qué —dijo ella, enfrentándolo—. Yo no soy un bizcocho.

—Carajo, no me diga que usted es de esas locas feministas.

—No, hermanito. Yo solamente soy yo.

* * *

Me pregunto qué le hace falta a este libro, al que pocos reproches puedo hacer. Siento que de alguna manera el autor está cercano a las puertas de la excelencia, y que al mismo tiempo tiene que descubrir la llave perdida. Aprecio su sobriedad, así como aprecio a escritores retorcidos. Pero advierto alguna carencia. La respuesta a este enigma es algo complicada. Acaso el problema esté en los temas. Es cierto, como señala Cortázar, que hasta una piedra es interesante cuando de ella tratan un Chéjov o un Sherwood Anderson. Pero también es cierto que es mejor escribir acerca de una piedra preciosa o una piedra lunar, o sobre la piedra que trae un hombre del futuro, que sobre una piedra cualquiera. El problema, creo yo, no está en el escritor. Rubiano Vargas muestra a las claras que tiene talento y que, si tiene alientos y un gran tema, condiciones no sencillas de llenar, es capaz de una obra maestra, de un *thriller* inolvidable. La dificultad está, me parece, en una moda, en una convención reductora que nos limita y empobrece. En los últimos tiempos se ha vuelto evangelio que el escritor debe renunciar a las grandes pretensiones, porque, se nos dice, ya no hay lugar para la gran novela; debemos darnos por satisfechos con que haya libros. Hoy, la brevedad manda. La vida vuela y nadie tiene tiempo para leer largos libros. La brevedad puede ser también una respetable

opción estética, pero creería más en ella si los editores no la tuvieran en cuenta. Un Proust, se nos dice, es hoy inaceptable. Yo, sin embargo, sigo viendo gente que lee a Proust. Esta posición claudicante, algo mendicante, se basa en las estadísticas y tal vez en el miedo a la desaparición de un oficio. ¿Y qué le vamos a hacer? El escritor tiene que atreverse a escribir lo que le salga, así nadie lo lea, así los editores rechacen todo lo que pase de cien páginas. No importa que el papel hoy sea más costoso que el talento. Presumo que este escritor tiene mucho que decir, si se atreve y le interesa transgredir los prejuicios de su tiempo, si pasa de Dashiell Hammett a Proust y de Chapinero al universo, o si consigue la magia, en alguna página memorable, de que Chapinero sea el universo.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Por fin para muy poco

Epífanos. Las semillas del tiempo

Juan Carlos Botero

Editorial Planeta, Santafé de Bogotá, 1992, 295 págs.

Es extraño encontrar clásicos en la literatura, si por clásico entendemos a alguien que no ha publicado más que pocos cuentos en periódicos locales y de quien se ha escrito y se habla como una figura en la literatura joven del país.

Ahora Juan Carlos Botero publica su primer libro. Enfrascado en el problema de rescatar "una alternativa literaria, fresca y exigente" inventada, según él, por Ernest Hemingway, perdida en el olvido y bautizada por Botero como "epífanos".

Se pregunta uno: ¿no es el oficio del escritor expresar; resolver un mundo que tiene adentro y dejarlo impreso? El reto consiste en tener el coraje y la disciplina para narrar, para transcribir. Esto, unido al talento y la apreciación que logre transmitir con las palabras, es la suma para un buen libro. Varios libros, o uno que excepcionalmente resu-